

Supl. EC.

Horizontes de la Cultura

EL QUE TALLA SUS PESADILLAS

por DIEGO MIRAN

29/4/62



En 1942 cayó prisionero de los nazis un soldado yugoeslavo de 22 años. Con el objeto de extraer de él ciertos datos acerca de las guerrillas de resistencia los alemanes lo torturaron hasta romperle la columna vertebral. Durante su recuperación, este joven patriota comenzó a sufrir terribles pesadillas que llenaban sus noches de fantasmales visiones. La más frecuente de ellas era la de una repugnante serpiente que lo perseguía. Quince años después, en 1957, el mal continuaba sin que los médicos pudieran liberar a la víctima de sus horribles sueños. Una mañana el enfermo tomó una gruesa rama de árbol y con un cuchillo talló al personaje totémico de su tormentoso país onírico. Y nació el escultor Bogosav Schivkovitsch, considerado hoy en su país y en Europa como uno de los más interesantes artistas ingenuos —NAIFS— de hoy.

La serpiente es una retorcida figura reptante sobre la cual han sido grabados signos de aspectos cabalísticos, ante la que el escultor coloca desde el primer día una taza de madera con comida regularmente renovada. Reposa la obra debajo de un armario y constituye la única que Schivkovitsch no venderá jamás a nadie. Y ello, por una razón fundamental: desde que esculpió dicha forma desapareció la serpiente perseguidora de sus noches. Un psicoanalista diría que objetivizó, al modo del Conde de Lautreamont, sus represiones o sus inhibiciones.

Lo curioso es que a partir de 1957 el escultor acerca del cual ya se han escrito algunos estudios, encontró un método creador, precisamente en su experiencia con la escultura serpentina. "Desde que tengo ahí la serpiente —ha confesado a un periodista—, estoy tranquilo. Cada vez que sueño con algo, al levantarme lo esculpo: persona, animal o vegetal". Las pesadillas abastecen al artista yugoeslavo de temas y, al parecer, es emisterioso reservorio que es un subconsciente de víctima del nazismo lo abastece sin pausa de motivos y formas para la talla directa. No usa, al efecto, ninguna madera especial. Sale al campo y compra troncos viejos o frescos, cuanto más retorcidos mejor. No sabe Bogosav nada de sobrerrealismo ni tampoco de técnica. Ignora la magia y el arte primitivo, con algunas de cuyas manifestaciones (ídolos navajos, máscaras africanas) se asemejan sus obras.

"Mi trabajo es simple —confiesa—; sólo tengo que cortar de la madera lo que hay alrededor de las figuras para dejarlas solas...". Y confiesa algo más enternecedor y significativo: las figuras de su sueño le ordenan que las transporte a la realidad, con el tono de "los que me hicieron bien cuando era niño, los que me dieron pan, leche, un beso...". Y no vive Bogosav de la escultura. Vende una que otra, pero reserva la mayor parte para sí mismo, aunque ahora se prepara una gran exposición con sus sesenta mejores logros. Su oficio es el de portero de un edificio, y ahí, en el departamento de la portería, tiene su taller, al que acuden, para asombrarlo más que para halagarlo, críticos y artistas de Belgrado.

Se replantea con Schivkovitsch el problema de la espontaneidad creadora, aquella que tantas páginas hizo escribir a propósito del Aduanero Rousseau, aquella que ha enfrentado razón e intuición como fuerzas antitéticas. Claro que en una y otra posición hay error. La inteligencia puede elaborar un arte, pero la intuición es capaz también de producirlo. Ambas están ligadas y quién sabe si son lo mismo en función de la realización estética. De todos modos, cada pueblo debe tener más de un Schivkovitsch (recuérdense los pintores ingenuos de Haití, que forman toda una escuela), a los que habría que dar una oportunidad de revelarse, menos cruenta, por cierto, que la que tuvo este campesino herido y alorificado por la guerra.